

consonni

Gemma Ruiz Palà

Nuestras madres

PRÓLOGO
Katixa Agirre

TRADUCCIÓN
Gemma Deza Guil



FRAGMENTO
copia no comercial

Todo un fenómeno literario.

De la noche a la mañana, *Argelagues*, primer libro de Gemma Ruiz Palà, se convirtió en un best-seller en catalán y Gemma es, desde entonces, una autora popular en Catalunya en el mejor sentido del término, se la lee, se la quiere, y se la para por la calle para hacérselo saber, como nos lo cuenta la escritora Katixa Agirre en el prólogo de este libro que os presentamos.

Y es que Gemma Ruiz Palà lo ha vuelto a hacer con *Les nostres mares*. Ha vuelto a cautivar a crítica y público catalán y a posicionarse como la autora más vendida en el día de Sant Jordi en el año 2023. Ha sido la primera escritora además en ganar el premio Sant Jordi (2022) en 19 años. ***Les nostres mares* es un fenómeno literario en Catalunya con más de 45.000 ejemplares vendidos en menos de un año. Ahora la traducimos al castellano para darlo a conocer más allá de Catalunya.**

«*Nuestras madres* despliega un patchwork de voces, un caleidoscopio del siglo XX, con el que Gemma Ruiz Palà ha querido prestigiar lo que peyorativamente se ha encajonado como “cosas de mujeres”».

—**Gemma Busquets Ros, *El Punt Avui***

«A través de las historias de las mujeres, Gemma Ruiz Palà muestra la fuerza y la decisión de las madres, arrinconadas de la historia».

—**Julià Gillamon, *La Vanguardia***

«Ruiz Palà se inventa una prosa precisa y próxima a la oralidad, llena de juegos y efectos que sirven para graduar con convicción la intensidad de las emociones sin caer en la trampa del tópico».

—**Ponç Puigdevall, *El País***

«*Nuestras madres* es una novela poderosa sobre las mujeres que crecieron en pleno franquismo y en una sociedad marcada por la represión del género femenino».

—**Núria Juanico Llumà, *Diari Ara***

«Hay inercias que no cambian. (...) La escritora pretendía generar una catarsis. (...) El vínculo intergeneracional se fortalecería. De la Maria Aurèlia Campany de la cita que encabeza el último premio Sant Jordi a las madres que ahora son abuelas, pasando por Ruiz Palà y hasta las chicas que eran adolescentes después del #MeToo.»

—**Jordi Amat, *El País***

«Pese a la crudeza e injusticia de algunas de las historias, pese a las lágrimas que de vez en cuando afloran mientras se lee, las voces de estas mujeres cantan a coro y no dejan pasar la oportunidad de festejar la vida con alegre desparpajo feminista».

—**Katixa Agirre**

«Todo el mundo debería tener el derecho a disfrutar de Gemma Ruiz y su literatura explosiva».

—**Katixa Agirre**



Gemma Ruiz Palà (Sabadell, 1975) es periodista y escritora. Ha trabajado en Televisión de Catalunya como cronista cultural, redactora jefe y subjefa de Informativos. En 2016 publicó *Argelagues*, que se convirtió en un fenómeno literario. Cuatro años después, la novela *Donde Wenling* la consolidó entre los lectores. Con *Nuestras madres* ha recibido el 62º Premio Sant Jordi de Novela. Su obra se ha traducido al inglés, al castellano, al francés y al italiano.

Autoría **Gemma Ruiz Palà**
Traducción **Gemma Deza Guil**
Prólogo **Katixa Agirre**
Corrección **Carme Franch** y **Sonia Berger**
Diseño de colección y maquetación **Rosa Llop**
Imagen de cubierta **Ana Penyas**

Edición **consonni**
C/ Conde Mirasol 13-LJ1D
48003 Bilbao
www.consonni.org

Primera edición en español:
febrero de 2024, Bilbao

ISBN: 978-84-19490-19-3
Depósito legal: BI 01611-2023

Edición original en catalán:
Les nostres mares, Edicions Proa, 2023
© Gemma Ruiz Palà, 2023, por mediación de MB
Agencia Literaria, S.L.
© de la traducción, Gemma Deza Guil, 2023
© de esta edición, consonni ediciones, 2023

Imagen de cubierta:
© Ana Penyas, 2023

Edición no comercializable. Fragmento de *Nuestras madres* de Gemma Ruiz Palà. La novela al completo estará en librerías el 5 de febrero del 2024.

consonni es una editorial interdependiente con un espacio cultural en el barrio bilbaíno de San Francisco. Desde 1996 producimos cultura crítica y en la actualidad apostamos por la palabra escrita y también susurrada, oída, silenciada, declamada; la palabra hecha acción, hecha cuerpo. Ambicionamos afectar el mundo que habitamos y afectarnos por él. Escrito en minúscula y en constante mutación, consonni es una criatura andrógina y policéfala, con los feminismos y la escucha como superpoderes. Nos la jugamos en las distancias cortas.

Nuestras madres

Gemma Ruiz Palà

Traducción de Gemma Deza Guil

FRAGMENTO
copia no comercial

consonni

< Chats

**Cena
sin Tupperware**



¿Y qué se supone, que nos va a hacer una entrevista? **W**

Dice que lo que quiere es escucharnos

Pues que se vaya preparando, que nos van a dar las tantas, jajaja

¿Y si empezamos a saltar de una cosa a otra?
¿Quieres decir? ¿Ni una pregunta?

Alguna sí, pero le interesa más vernos en...
un segundo, que busco cómo lo dijo...

Eso, en nuestro «contexto»

En nuestra salsa, vaya

Pues que no falte vino ni cava, no vaya a ser
que nos salga la salsa aguada ;-)

Eso, eso, el agua para los peces ;-)))

La bebida ya la llevaré yo de la fonda

Y yo les hago la manduca, por eso tampoco hay que preocuparse

Pero no nos vamos a presentar con las manos vacías...

Pues chocolate de postre, que va bien para que no se oxiden las neuronas

Tranquilas, que para soltar la lengua yo tengo una sorpresita

Y yo una cosa de cuando éramos jóvenes, ya veréis cómo le sacamos brillo a la memoria

Caray, ¡qué organización, chicas!

¿Acaso lo dudabas?

Para nada ;-)

Todo preparado para hacer de protagonistas ✓

Lali

Lali, historia viva de su tiempo. Testigo privilegiado del progreso. Del nuevo confort, del nuevo bienestar: del nuevo consumo. De la vida moderna, tú, que ya era hora de que ellas también catasen el sabor de la contemporaneidad, que el cerdo de Franco ya la ha dignado, que ya no hay crisis del petróleo, que se ha acabado la guerra del Vietnam y la ONU acaba de declarar el Año Internacional de la Mujer. Y, por si fuera poco, otra efeméride: el primer hijo de Lali llega al mundo el mismo año que los primeros pañales de un solo uso. ¡Benditos dodotis! ¡*Ni gota ni gota!*

Para ellas, la modernidad será un invento para no tener que tocar tanta eme. Y eso, para una madre, sí que es nacer con una flor en el culo: Lali pertenecía a la primera generación que no tendría que lavar a mano, en el lavadero o en el fregadero, con jabón de pastilla bien neutro, de coco, a ser posible, los paños y paños y más paños

de tela manchados de pipí y cacota que los bebés pringaban día sí y día también. Ya dicen que por más gloria que coman los niños...

Y por si haber tenido dodotis cada vez más perfeccionados para el segundo hijo no fuera privilegio suficiente, y dodotis que rozaban la excelencia para la tercera todo un lujo, a Lali le llega además justo a tiempo la modernidad de los pañales con velcro, transpirables, de máxima absorción, dermatológicamente testados y anatómicamente adaptados a las necesidades de las *personas mayores*. En el momento preciso en que los necesitará para su madre, llega lo que ahora ya nadie llama gasas ni dodotis y se ve que ahora hay que llamar pañales *desechables*.

Un entrenamiento de primera, los pañales *advanced* que también ha acabado utilizando con su padre. Una ganga, poder hacer prácticas con los progenitores impedidos ella sola. Un gran qué, ese señor currículum a la espalda. Porque cuando llegue su primer nieto, Lali le sabrá poner los puñeteros pañales en un segundo, con una sola maniobra, con un solo dedo.

Y ahora que ya tiene más de un nieto, ahora que Lali ya vuelve a estar a la última moda y sabe dónde encontrar en Barcelona pañales *ecológicos*, fabricados con materias primas naturales y renovables, con base de maíz libre de OMG, sin olor, sin perfume y sin plástico, tal como la han evangelizado su hijo mayor y su nuera: ¿y ahora esta broma de los pañales *de tela*?

—¿Que vuelva cuarenta años atrás?! ¡¿Me estás pidiendo que vuelva cuarenta años atrás?! —Lali estaba en la cocina. Tenía a su hijo mayor al teléfono, en modo altavoz, y el pollo en las manos, cortándolo en cuartos—. Ni hablar, yo no pienso lavar pañales, no pienso enmerdarme las manos como en la época de mi madre —Lali, cerrada en banda. Y ¡clac!, cuchillazo a un ala.

—Maaama...

—No me da la realísima gana —¡clac!, golpe con la macheta en la otra ala—. Como si no hubiera tenido bastante con oler las cagarrutas de toda

la familia —¡clac-clac!, cuchillada en cada muslo—. La de mis tres hijos, la de los abuelos, que Dios los tenga en su gloria, y la de tus hijos.

—Que no tendrás que lavarlos a mano, maaama, no seas plasta, te lo he explicado tropecientas veces: los pañales de tela pueden meterse perfectamente en la lavadora, mira el paquete que te he dejado esta mañana, ¡lo pone bien claro!

—Y el día que destape la cagada y me encuentre con unos zurullos bien duros y hermosos, ¿qué? ¿Los meto también en la lavadora a que den vueltas? —Lali tenía ya todo el pollo troceado y esparcido en la bandeja del horno.

—Al váter, mama, es un momentito, los tiras al váter y pones el pañal a lavar.

—Tú lo ves todo siempre muy fácil. De lejos, lo ves tú —¡clec-clec-clec-clec!, ahora eran las patatas las que pasaban por el cuchillo.

—Oye, que yo también cambio pañales, ¿eh?

—No quieras competir porque te gano por goleada —¡clec-clec-clec-clec!, bien finas, que así no tardan tanto en hacerse.

—Vale, en eso sí que te doy la razón. Pero venga, por favor, abraza el cambio, mama, que está calculado: un solo bebé genera entre novecientos y mil cien kilos de pañales, ¡y son residuos que no se pueden reciclar!

—Yo también soy un residuo que no se puede reciclar y aquí me tienes, dando el callo como cuando tenía veinte años, a la zaga de tus hijos —¡clec-clec-clec-clec!, y esta ya es la última.

—Va, mama, hagamos un trato: si tú aceptas los pañales de tela, yo hago lo que me pidas.

—La vasectomía —¡chac!—. ¡Ay! ¡Hostia! —Lali se ha rebanado la punta de un dedo con el cuchillo de las patatas.

—¿Qué dices?

—Que me acabo de cortar y que teagas la vasectomía, eso digo.

—Cojones, mama, solo te comenté que Margot y yo nos lo estábamos planteando.

–Los cojones y el soldadito te funcionarán igual, sé de buena tinta que una vasectomía es segura, efectiva y muy poco invasiva. Tú mismo: o vasectomía o ya te puedes confitar este paquete de pañales de tela –y se envuelve la yema del dedo con un trozo de papel de cocina.

–Pues vasectomía.

–Vasectomía urgente.

–Mira que eres plasta cuando te lo propones, ¿eh?

–Si tú pides hora, yo salgo a la calle ahora mismo a regalar todos los dodotis contaminantes que me quedan, ¿conforme? –Lali se destapa el dedo y ya ni le sangra. Ha sido un cortecito de nada. Como los que se ha hecho siempre. Como los que se han hecho todas: gajes del oficio. No hay que montar un drama por un cortecito de nada.

*

A Lali el último nieto le había sentado fatal. *Nos ha fallado el DIU*, se reían su hijo y su nuera como dos Isaacs Newton maravillados con la manzana. *¡Ya ves! ¡Ha fallado!* ¡¿Que os ha fallado el DIU?! ¡¿Que os ha fallado el DIU?!, repetía ella sin la cantinela exacta de pregunta siempre que no acababa de procesar algo. Nosotros no teníamos medios, pero vuestra generación, ¿descuidos de este tipo? Su marido puso paz con eso tan suyo de que *más vale aumentar que disminuir* y abrió una botella de cava. Ella estuvo casi una semana de morros cuando le dieron la noticia de que volvería a ser abuela.

Por tercera vez.

Porque hacía apenas cuatro años que Lali había enterrado a su madre. Después de tenerla diez clavada en una puñetera silla por un derrame cerebral. Y hacía dos de la muerte de su padre, después de que un cáncer de huesos se lo comiera vivo. Había criado a tres hijos, atendido a sus padres, cuidado a dos nietos y un poco, un poquiiiito solo, empezaba a poder embobarse ante el espejo, un poco.

Y tampoco es que estuviera ociosa. El mayor y el mediano iban siempre a comer a su casa, de lunes a viernes, como un clavo. Y muchos días también iba la pequeña. Y además de eso, se encargaba de los nietecitos, que su hijo y su nuera eran unos... ¿cómo se dice?, unos frescales también, y como los borrachos pero con el trabajo, hacía la comparativa siempre que se le resistía la palabra *workaholic*. No, Lali no estaba de brazos cruzados. Cada día del mundo alimentaba una media de siete bocas.

Pero el nieto mayor ya tenía siete añitos y la pequeña, cinco, ya se entretenían solitos, ya no daban la guerra de un churumbel recién salido del cascarón. Pues, ¡hala, a fastidiarse! Vuelve a arremangarte como cuando los tuyos eran pequeños. O como cuando lo eran los suyos. Otra vez a hacer papillas, a dosificar dalsys, a desabrochar bodis y a cambiar los malditos pañales. No me diréis que no es un castigo, se lamentaba Lali cuando le prestaban oídos quienes podían entender una barbaridad como aquella. ¡Suerte!, imploraba, ¡suerte que la pequeña no tendrá hijos, tal como está el patio! Y suerte que el mediano tampoco parece tener ningún interés. Suerte, porque es que...

Y con el tercer nieto puso unas reglas, vaya si las puso. Ahora ya había saboreado qué era tener alguna tarde para ella. Ser del club de lectura de la biblioteca del barrio y no perderse ningún libro ni a ninguna escritora, por ejemplo. Y sobre todo: ser del club de las que gimen de verdad y a gusto.

Lali no quería perderse ninguno de los orgasmos que le estaba regalando la segunda juventud.

Por más abuela que fuera.

Por más madre.

De ahí el chantaje. De ahí que encontrara tan urgente que su hijo mayor no se la jugara ni un día más sin vasectomía. ¡Ay, si le hacía un cuarto bombo! Si le hacía un cuarto bombo, con el tercer nieto que apenas empezaba a caminar, estaría muerta en vida, lo sabía. Su nuera no solo era workahólica como su hijo: era una bellísima per-

sona, pero francesa. La *demoiselle* tenía a sus padres al otro lado de los Pirineos. Con ese panorama, ya me dirás tú si Lali podía librarse de la esclavitud de los nietos. Pues imagínate con cuatro... Y qué caray, continuaba rezongando para sus adentros mientras esperaba a todas las bocas por alimentar. Qué caray, mientras esperaba a que el pollo y las patatas se acabaran de asar en el horno, ponía la mesa y aliñaba con un buen chorro de aceite el tomate. ¡Qué caray, tú! Que yo también sé lo que es que te abran, que te rajen y que te cosan.

Lali no se había librado de probar *el último remedio*.

*

La dirección se la dio la farmacéutica de su amiga. Diles que vas de mi parte, le dijo Anita, que Flora te hará pasar a la trastienda y te hablará de un ginecólogo que es persona.

Los de esa índole iban muy buscados. Aquel septiembre de 1985, Lali tenía una falta. La ley que de una maldita vez reconocía el derecho a abortar en España acababa de aprobarse en julio. Pero estaba en mantillas y todo el mundo iba con pies de plomo. Los fascistas que se tapaban las vergüenzas con el traje de Alianza Popular la habían hecho pasar por quién sabe qué. Pero por más ley que hubiera, no, el aborto aún no era libre y gratuito, como reclamaba el feminismo. Solo amparaba a la embarazada y al médico en tres supuestos: violación, malformación del feto y riesgo físico o psíquico para la mujer. Y estipular ese riesgo era peliagudo: tenía que ir acompañado de un justificante que miraban con lupa. Y he aquí como el gremio de tocoginecólogos del Reino de España lograba hacerse el sueco, aferrarse a la objeción de conciencia y negarles su derecho. Por ideología machista, noventa y nueve de cada cien. Por fanatismo religioso, también madre mía... Y entre una cosa y otra, las dejaban a la intemperie igual que en los años de la podredumbre franquista, por más flamante ley que los socialistas exhibieran.

Sí que se sabía de algunos médicos fuera de serie. Médicos que se habían comprometido con los derechos de las mujeres pese al miedo a acabar entre rejas. Pero eran cuatro, y no estaban al alcance de todos los bolsillos.

Y vete tú a fiar de los que lo hacían mejor de precio. En la clandestinidad, claro está. El que tenía más crédito era uno de Sants. Pero tenía un apodo para poner pies en polvorosa: *el carnicero*. Citaba siempre de noche en un piso que más que un piso era un cuchitril. Ni buenas noches ni cómo está usted, solo un *cuando empiece, no griten, por favor* en medio del recibidor. A punto para llevarse a la siguiente corderita con el delantal de plástico chorreando sangre de la que acababa de vaciar.

También se podía ir al barrio chino y preguntárselo a las que solían necesitarlo más. Las que se tenían que ganar la vida y perderla haciendo la calle necesitaban tener siempre a mano a alguna vecina que les devolviera el vientre liso como buenamente pudiera. Pero en el barrio chino las carnicerías también estaban a la orden del día.

Y como último recurso, si tenías pasta, salir pitando hacia Londres o Ámsterdam, donde lo hacían con garantías y en cantidades industriales. Pero con tres pequeños que le cabían en el regazo y un marido que no quería ni oír hablar de abortar, un marido que siempre estaba a punto para aumentar en vez de disminuir, ¿qué podía hacer Lali?

Porque hacer la maleta, no podía, pero tampoco tenía la necesidad de ir al barrio chino.

Lali, que era una fiera de las ofertas, que les sacaba petróleo a los vales del Corte Inglés y a cada ayuda por hijo que les daba La Caixa, que no se perdía el sorteo para ir una semana de vacaciones al parador que les tocara, que contaba hasta el último céntimo para pagar sin sufrir la hipoteca del piso nuevo y el préstamo del coche, había ido guardándose un rinconcito por lo que pudiera pasar.

Y ya tenía tres hijos, ¿para qué quería más?

Así que con un sobre con los billetes que había sacado de la hucha, pudo llamar al piso de la Diagonal que le había apuntado la farmacéutica de Anita: *Vale un riñón y parte de otro, pero te lo solucionará*. Un piso reluciente y recién estrenado como la bata de aquel ginecólogo fuera de serie: de aquel médico joven tan pájaro viejo.

—Aquí dentro hay algo, pero yo no sé qué es. ¿Usted quiere saberlo?

—No, solo quiero que me lo saques.

—De acuerdo, pues tómese este comprimido y vuelva de aquí a dos horas. ¿Convencida?

—Convencida.

Y al cabo de dos horas volvía a estar allí. Sola. Anita se había ofrecido a acompañarla, *no hace falta, no te preocupes*, le había contestado, que bastantes fatigas tenía ella ya con el niño. El ginecólogo volvió a hacerla entrar y clavar los pies en los estribos otra vez y, antes de proceder:

—Hemos quedado en que yo no le diré qué es y usted no me lo preguntará, ¿entendido?

—Entendido.

—Se lo succionaré con esto —y le enseñó una cánula de goma rematada con una jeringuilla muy abombada—. ¿Preparada?

—Preparada.

Y le cogió la mano:

—Procuraré hacerle el mínimo daño posible, pero duele un poco. Así que: respire hondo.

En poco menos de diez minutos ya estaba hecho lo que no podía tener nombre. Y la dejó descansar para que acabara de reponerse.

—Como aquí no ha pasado nada, no habrá informe, pero todo ha ido bien: estará débil y sangrará unos días, no se asuste, tendrá molestias similares a los cólicos de la menstruación, pero nada más. Ah, eso sí, un par de semanas de abstinencia sexual, para que la zona pueda recuperarse bien.

Lali resucitó de golpe.

—¿Un par de semanas? Mi marido no sabe que estoy aquí: no sabe nada de esto.

No debía de ser la primera que se embarazaba y se deshacía del embarazo, porque el ginecólogo tenía la receta a punto:

—Dígale que en la revisión le hemos encontrado unos pólipos en la matriz y que la pauta de tratamiento es de dos semanas, estricta.

Y su marido refunfuñó, vaya si refunfuñó... ¿Dos semanas? ¿Pólipos? Pero con la orden *estricta* tuvo que dejar las manos quietas. ¡Siempre tenéis que tener cosas raras, las mujeres! Para Quico todo eran *cosas raras*. Sin importancia, manías, ya me dirás tú.

Desde buen principio se la tomó a broma, cuando Lali le decía que la peste a ajo y cebolla de haber comido de menú la ofendía y hacía que se le pasaran las ganas de sexo. ¡Jojojojo! ¿Y eso? Qué cosas más raras tenéis... Nos gustamos, nos queremos y nos hemos casado: ¿qué más quieres, Baldomero?, que dice el anuncio. Y ni caso. Bragas abajo y, hala, al catre.

Y cuando Lali acababa el día reventada de trabajar en Metalux y de las tareas casa, igual: oídos sordos. Le decía cuatro marranadas que le parecía que tendrían el efecto de un analgésico y a darle al fuelle se ha dicho.

Quico solo concebía un tipo de voluntades: las automáticas. Normal que para él Lali tuviera que funcionar como el nuevo exprimidor de naranjas que les había regalado La Caixa por Navidad: solícita, impaciente, como si pudiera encendérselo el deseo pulsando un botón.

Quico solo perdonaba la regla y los embarazos. Entonces sí. Entonces su asco sí que contaba para no *consumar el matrimonio*. Pero en cuanto volvían de la clínica y se acababa la cuarentena, el crío a la cuna y bien lejos, que ya le picaba la mosca.

Con el primero se tuvo que esperar a que le quitaran los puntos. Y mira por dónde, nunca había tenido tanta prisa por acompañarla al médico. ¿Qué, doctor, ya nos da permiso? Piense en los demás,

como dice el anuncio, y soltaba el chistecito en la consulta. Con puntos y sin puntos, Lali tenía ganas de llorar todo el día. Y ganas de hacer el amor, las mismas que de ponerse a bailar la conga en plena calle. Pero... *el médico ha dicho que sí, ¡no seamos más papistas que el papa, mujer!*

El segundo se lo sacaron por la barriga y Quico creyó que ya podía volver a *pensar en él*. Ella estaba sin gota de hierro y hecha un cromo. Y como lo llevaba escrito en la cara, Quico no tuvo más remedio que entrar en razón: le dio unas semanas más de margen. Pero, cuando venció el plazo, Lali tuvo que volver a hacer los *deberes conyugales* que en aquella España eran por santa obediencia.

Con la tercera, Lali ya tenía treinta y un años. Hacía tiempo que había aprendido la lección. Sabía que volvería a casa con los bajos y la azotea hechos polvo y tristes y sin nada de ganas. Pero sin *epiotomía* ni *cesárea* ni ninguna palabra técnica para conseguir una tregua. Así que cuanto antes gimiera con fuerza, antes pondría él la cuarta. Cuanto antes gritara, antes se estamparía él. Y eso es lo que hacía, fingir lo que sotto voce había oído decir que se llamaba *orgasmo*. Al fin y al cabo, hacía lo que la Sección Femenina de la Falange Española había adoctrinado a las mujeres desde 1939: *Ten siempre en cuenta que su satisfacción es más importante que la de una mujer. Cuando él alcance el momento culminante, un pequeño gemido por tu parte es suficiente para indicar cualquier goce que hayas podido experimentar.*

Un día de calçotada en Valls con los de La Caixa se lo oyó decir. Mientras Lali se limpiaba el tizne de los dedos, él vociferaba en el lavabo de hombres: Ya puede llevar los números y los pantalones, ya, que yo se los quito, jajaja... ¡Eh!, que siempre tengo contenta a mi costilla, que pega unos gritos que son la prueba del algodón, que dice el anuncio, a ver si os voy a tener que invitar a venir para que aprendáis, jajajaja.

Tremendas, esas risotadas.

Tremendo, que ella hubiera encontrado el camino para no tener pelea y la medalla se la pusiera él.

En las reuniones de Tupperware y en las cenas sin Tupperware siempre echaban el cierre las mismas. Allí se desahogaba, con su *clan de la cicatriz*. La próxima vez que no te respete, encárate con él, le decía Anita. Mándalo a la mierda, si además tú no te llevas ninguna satisfacción, le decía su vecina. Si me lo hiciera a mí..., si me lo hiciera a mí..., le decía su prima sin saber cómo acabar la frase y con la vocecilla cada vez más fina.

Sí, claro, encárate, encárate...

Sí, claro, mándalo a la mierda, mándalo a la mierda...

Sí, claro, si me lo hiciera a mí, si me lo hiciera a mí...

Consejos vendo y para mí no tengo. Lo difícil es aplicárselos una misma. Por mucho que calculara, a Lali no le salían las cuentas para tantas preguntas. ¿Dónde iría sin un sueldo? ¿Quién iba a querer a una contable que hacía años que no pisaba un despacho? ¿Qué les diría a sus hijos para justificarse? ¿Qué le diría a Quico, queriéndolo como aún lo quería? ¿Y qué le diría a esa Lali que estaba dando la juventud, la profesión y el cuerpo a la ciencia de la familia? ¿Que se había creído el cuento de hadas y que había metido la pata hasta el fondo? ¿Sí? ¿Eso le diría?

Quico le hizo caso al ginecólogo pero puso el cronómetro en marcha. Sabía que el jueves a las cinco y media de la tarde haría dos semanas de la orden *estricta*. Más dos días que le había dado de propina, mira si era generoso.

El mayor y el mediano estaban invitados en casa de unos amiguitos. La pequeña ya había aprendido a caminar, pero solo tenía dos años. ¡¿No te puedes esperar a la noche, caray?! Quico hacía rato que no la dejaba en paz. Ponla a dormir y hacemos todos la siesta, mujer. Ya era la hora de la merienda y hacía dos horas que la niña se había despertado de la siesta. *Cómo se nota que no los estás criando tú*, se mordía la lengua Lali. Ahora no, Quico, por la noche.

Para seguir leyendo

Consigue tu ejemplar de *Nuestras madres* de Gemma Ruiz Palà en tu librería preferida o en la web de [consonni](http://consonni.org) a partir del 5 de febrero de 2024.

Necesitamos lecturas. No dejemos de comprar libros de nuestras editoriales y librerías preferidas.

www.consonni.org

Producimos y editamos cultura crítica

La celebración literaria de una generación de mujeres que son un referente vital. ¿Qué soñaba ser tu madre? Fuera lo que fuese, casi seguro que se quedó en el tintero.

A las protagonistas de esta novela, nacidas durante la dictadura, no las dejan desplegar su talento. Pero ellas plantan cara y no se amilanan ante nada ni nadie. Y con sororidad y alegría huyen de la jaula doméstica, mantienen la pulsión artística, se atreven a lo impensable por el amor a un hijo, lideran luchas vecinales, descubren el feminismo y suben a aquellos vuelos chárter a Londres para ser dueñas de su destino.

Nuestras madres rinde homenaje a la generación que renunció a sus sueños para que sus hijas sí que pudieran escoger. Después de conocer a estas poderosas mujeres, entenderemos una cosa extraordinaria: pese a que siempre se reconozcan solo las figuras masculinas, resulta que los auténticos referentes de vida eran ellas, nuestras madres. Novela ganadora del prestigioso premio Sant Jordi en 2022, tras 19 años sin otorgárselo a una escritora. Escrito y publicado originalmente en catalán, ha tenido una acogida impresionante por crítica y público en Catalunya llegando a ser todo un fenómeno literario.

«Pese a la crudeza e injusticia de algunas de las historias, pese a las lágrimas que de vez en cuando afloran mientras se lee, las voces de estas mujeres cantan a coro y no dejan pasar la oportunidad de festejar la vida con alegre desparpajo feminista». —**Katixa Agirre**

«Ruiz Palà se inventa una prosa precisa y próxima a la oralidad, llena de juegos y efectos que sirven para graduar con convicción la intensidad de las emociones sin caer en la trampa del tópico».

—**Ponç Puigdevall, *El País***

IMAGEN DE CUBIERTA

Ana Penyas

consonni

Producimos y editamos cultura crítica
www.consonni.org